

esperaba, se hubiera sublevado contra sus nuevos dominadores, los cuales, siendo corto en número y hallándose repartidos en diversas provincias, hubieran sucumbido bajo el infinito número de sus contrarios. Las primeras víctimas habrían sido los señores feudales, muertos á manos de los que tenían por vasallos, y pronto la capital, rodeada por todas partes de numerosos enemigos, se hubiera rendido por falta de víveres y de todo auxilio extraño. Dueños los indios de la situación de sus diversas naciones, hubieran continuado como en lo antiguo, siendo encarnizadas enemigas unas de otras, y poco firmes aun en la religion cristiana, los altares de Huitzilopochtli habrían vuelto á verse enrojecidos con la sangre de víctimas humanas.

CAPÍTULO V

Don Martín Enriquez de Almansa, cuarto virey de Méjico. — Arroja á los ingleses de la isla de Sacrificios. — Sus generosos sentimientos. — Pone en libertad á los que Muñoz puso presos. — Conducta irreprochable del virey. — Recomienda en sus instrucciones que los gobernantes sean probos si quieren ser respetados. — Su dedicacion al bien de los indios. — Recomienda el virey que no se cobre á los indios, en sus pleitos, costas ni gastos. — Que los mestizos envolvian á los indios en pleitos para ganar. — Providencias del virey para evitar ese mal. — Establece destacamentos en las provincias lejanas para evitar los asaltos y robos que cometian los chichimecas. — Marcha el virey contra los chichimecas y los arroja de las montañas, obligándolos á retirarse á los desiertos del interior. — Funda la villa de San Felipe. — Deja asegurados los pueblos de nuevas incursiones. — Muerte de Bernal Diaz del Castillo. — Celebran los indios la conquista de Méjico. — Se establece la inquisicion, pero no para los indios. — Estos quedan exceptuados de ella. — Paralelo entre Inglaterra y España respecto á intolerancia religiosa. — Se manifiesta las exageraciones de algunos escritores al hablar de la inquisicion de Méjico. — Que en ese siglo y aun despues, todas las naciones sentenciaban á muchos á la hoguera. — Progresos de la religion cristiana entre los indios. — Llegada de los jesuitas á Méjico. — Manifestaciones de júbilo de parte de todo el país por su llegada. — Obras de bien público hechas por los misioneros. — Notable obra de arquitectura hecha por el padre Fray Fran-

cisco de Tembleque. — Muerte de los padres Fray Pedro Gante y Fray Toribio Motolinia. — Pide el monarca á los curas y misioneros instruidos en todo lo perteneciente á los indios, que escriban sobre las costumbres antiguas, religion y usos de los indigenas. — Se funda el colegio de San Ildefonso: — Fundacion del colegio de Santos. — Se establece la alcabala. — Se empieza la obra de la catedral. — Progreso del artículo de lanas. — Terrible peste entre los indios. — Mueren, víctimas de ella, dos millones. — El virey exime á los indios del tributo. — La autoridad manda salir desterrado para España al comisario de San Francisco. — Reune á la comunidad y emprende el viaje con ella, saliendo en procesion. — Intervienen personas respetables en que se haga volver al comisario franciscano con la comunidad. — Que los vireyes atendian á todos los negocios. — El virey establece una alhóndiga. — Protege la universidad, plantea nuevas escuelas y da impulso á las anteriores. — Que las provisiones de justicia se daban generalmente á los mejicanos descendientes de españoles. — Terrible inundacion. — Se dispone hacer el desagüe de Huehuetoca.

Desde 1568 hasta 1580 inclusive

La Audiencia siguió gobernando con suma moderacion y prudencia, procurando curar los males que Muñoz habia causado á la sociedad. Estaba segura de que no tardaria el monarca en enviar un gobernante digno, que rivalizase en virtudes con los vireyes que le precedian, y procuró que encontrase el país libre de sobresaltos y de temores. Cuando los oidores se ocupaban en cumplir con los deberes que les imponia el elevado puesto en que se hallaban, llegó á la Nueva España el nuevo y cuarto virey que el monarca habia nombrado para regir los destinos de aquel hermoso país. El gobernante elegido fué Don Martin Enriquez de Almansa, hermano del marqués de Alcañiz, descendiente de la primera nobleza de España.

Llegó á Veracruz en Octubre de 1568 con una flota de trece buques. Su primer acto, al saltar en el puerto, fué librar al comercio de un enemigo exterior que le causaba sensibles daños. Desde el 15 de Setiembre del mismo año, habian ocupado los ingleses, bajo las órdenes del comandante Juan Acle, la isla de Sacrificios, situada enfrente del castillo de San Juan de Ulua. El virey, para evitar que aquellos corsarios molestasen á los buques mercantes españoles que salian del puerto, reunió la fuerza que habia en Veracruz y en el castillo, y unida á la de la flota, mandó al general de ésta, Francisco Lujan, que se hiciese dueño del punto. Obedecida la orden, los españoles atacaron con ímpetu á los enemigos, y arrojándoles de la isla, quedaron dueños de ella. Alcanzado el triunfo, el virey se puso en camino para la ciudad de Méjico, á donde llegó el 5 de Noviembre. Puestas en sus manos las riendas del gobierno, su primera ocupacion fué adquirir noticias del estado que guardaban las numerosas provincias y sembrar la confianza en la sociedad entera, manifestándose afable y verdadero padre de sus gobernados. Sus providencias, en que brillaban la moderacion y la templanza, llevaron el consuelo al corazon de las familias que habian sufrido durante el corto, pero terrible mando del visitador Muñoz. Las puertas de las prisiones fueron abiertas á los que aun permanecian presos por motivo de la conspiracion, y no volvió á hablarse de lo pasado. El virey, segun él mismo confiesa, llegó con algun recelo á Méjico, por lo que respecto á la conjuracion se habia escrito á la corte; «pero despues que llegué acá, dice, y traté la gente y conocí los ánimos de todos y

sus inclinaciones, dije luego que no habia de que temelle, en este caso, porque Madrid no estaba con mas seguridad, y lo mismo entiendo ahora».

1569. Cuando las poblaciones se encontraban disfrutando de la paz y de la abundancia, la ciudad de Méjico vió alterada incidentalmente la tranquilidad por un motivo de poca importancia y que no se rozaba en nada con la política ni los gobernantes. Fué una pendencia entre personas ajenas á los asuntos de Estado, pero que produjo notable sensacion por el momento. Los frailes franciscanos de la parroquia de San José solian el dia de la Virgen María ir anualmente en procesion á la iglesia de Santa María la Redonda, que se hallaba en su distrito. La procesion salió en ese año lo mismo que en los anteriores; pero al llegar á la calle de la Acequia, salieron muchos clérigos al encuentro de ella, no para reunirse con los que la formaban, sino con intencion menos fraternal. Dirigiéndose á los franciscanos, les preguntaron á dónde iban; y contestando los frailes que á Santa María la Redonda, les mandaron imperiosamente que volviesen á su convento. Los franciscanos alegaron el derecho que tenian para llevar la procesion á la iglesia referida; pero los clérigos insistieron en que retrocediesen, y no queriendo ceder, se provocó una disputa desagradable. El doctor Sandi, persona muy respetable y de mucha autoridad, que pasaba á la sazón por el sitio de la desagradable escena, se interpuso, procurando calmar las pasiones y arreglar las diferencias; pero lejos de conseguir su noble objeto, fué rechazado por los clérigos, que le empujaban para que se fuese. Indignados los indios que acompaña-

ban la procesion, del proceder de los últimos, empezaron á lanzarles piedras para obligarles á retirarse. Entonces tomaron parte por los clérigos algunos de la ciudad, dando por resultado un combate á pedradas, en que hubo un número considerable de descalabrados. Al tener noticia el virey del desagradable acontecimiento, mandó prender á los cuatro alcaldes indios de aquellos barrios, que iban en la procesion, por haber ocurrido á las vias de hecho. La disposicion, aunque necesaria como correctivo, desagradó á los naturales, quienes, para manifestar que juzgaban justo el proceder usado contra los que se habian opuesto al paso de la procesion, se presentaban á las autoridades manifestándose cómplices del atentado, diciendo que querian participar de la misma pena. El virey, obrando con la prudencia que le caracterizaba, puso en libertad á los alcaldes indios, despues de amonestarles á que obrasen con mas prudencia en lo sucesivo, como habia amonestado á su vez á los eclesiásticos, pidiéndoles que evitasen toda discordia que pudiera perjudicar al lustre de la religion.

1570. Una de las cosas que el virey D. Martin Enriquez de Almansa miró como indispensable para que la sociedad acatase las disposiciones de las autoridades colocadas al frente de los destinos de la Nueva España, fué que advirtiese en ellos la mayor armonía y una conducta irreprochable. Convencido de que era recto su pensamiento, obró siempre conforme á esa conviccion, marchando constantemente de acuerdo con la Audiencia, y haciendo que entre los que mandaban reinase un solo parecer. Los resultados producidos por ese sistema fueron

no menos provechosos para los gobernados que para los gobernantes. Por eso en la instrucción que dejó á su sucesor en el mando, le decia: que «la mayor seguridad y fuerza que tenia el país, era el virey que le gobernaba y la Audiencia, y que lo que mas podia sustentar esta fuerza era que sustentasen ellos entre sí mucha conformidad y paz, para que nadie osase á cometer el mas leve desacato contra los cabezas de gobierno, so pena de castigo ejemplar. Y si quiere saber V. S. el medio con que entrambas cosas se pueden conseguir, mayormente en esta tierra, digo que es, que vivan bien los que mandan, porque con esto pueden siempre usar de su libertad, y entrar y salir con ella en todas las cosas sin temor, pues de otra manera sucederá lo contrario. Así ha de procurar V. S. que los cabezas de su gobierno se esmeren tanto en esto, que si fuese posible no se halle contra ellos cosa que huelga mal, ni les obligue á perdella».

Dotado de los mismos nobles sentimientos que en favor de la raza indígena habian manifestado los vireyes que le habian precedido, se ocupó del bien de ellos con eficaz empeño. «Para lo que principalmente nos envia acá su majestad, dice en su informe, es para lo tocante á los indios y su amparo, y es ello así que á esto se debe acudir con mas cuidado, como á parte mas flaca; y esto ha de hacer el virey con mas cuidado usando con ellos oficio de padre, que es por una parte no permitir que ninguno les agravie; y por otra no aguardar que ellos acudan á sus causas, porque nunca lo harian, sino dárselas fechas habiendo visto lo que les conviene como lo hace el buen padre con sus hijos.» Dominado por este paternal senti-

miento en favor de los naturales, dictó acertadas providencias para evitar que se cometiesen abusos en los tribunales con respecto á los indios. Mandó que se despachasen los pleitos de ellos «sin hacelles costas ni gastos», no solamente en consideracion á que eran pobres, sino tambien porque «sus negocios, decia, no son de calidad ni cantidad que no les sea mas útil conformallos en la uña». Los que removian esos pleitos, para vivir de ellos, eran generalmente los mestizos que se introducian en los pueblos indígenas, y aunque recibian mal la disposición dada por D. Martin Enriquez «pareciéndoles que se les quita su interés, no me ha dado mucha pena, añade, visto que importa á los indios lo que digo». El virey, que habia hecho un estudio profundo del país y que fué uno de los que mas trabajaron en favor de la raza indígena «porque, segun él, además de ser el asunto preferente que llevaban á la Nueva España, en ninguna cosa se merece mas para con Dios, ni con ninguna mas se descarga la conciencia real de su majestad que con el cuidado de los indios», terminaba diciendo: «Antes de pasar adelante, conviene avisar á V. S. de un secreto muy importante en cosas de indios, y es, que aunque en general de su miseria pasa lo que tengo dicho, que en particular hay algunos, especialmente de los principales y mandones, los cuales, ó por cierta malicia con que nacen, ó por lo que se les pega de la compañía de muchos mestizos que se crian y andan entre ellos, casi llegan á perder los indios su natural de flojos y pusilánimes que son, y se hacen bulliciosos y pleitistas, y para seguir estos pleitos hallan tanto aparejo y ayuda en los mestizos,

que aunque sean los pleitos injustos, ellos propios los incitan y dan ánimo para movellos y dinero para ellos, aunque despues se pagan de su mano». De aquí resultaba, segun la afirmacion del mismo virey, que gastaban en los pleitos toda su hacienda «y aun la de sus pueblos y propios hasta echar derramas en mucha cantidad, que entre ellos es una costumbre pernicioso y de mucho daño». Los pleitos generalmente versaban sobre tierras de que los vireyes les hacian mercedes en nombre del monarca; «y esos pleitos eran», en opinion del gobernante que de ellos hablaba, «el mayor cuchillo y perdicion de estos indios». El recto gobernante empezó á poner remedio al mal, haciendo salir de los pueblos á los que, por provecho propio, les inducian á pleitear; y en su instruccion y advertimientos aconsejaba á su sucesor en el mando, que si queria dar completa cima á la extincion de los males referidos, llevase adelante lo que él habia empezado, «que es echar de todos los pueblos de indios los mestizos y algunos españoles viciosos que viven entre ellos». Nada mas digno y recomendable en un gobernante que ese humanitario celo desplegado en favor de los indios.

Al mismo tiempo que velaba por el bienestar de los naturales que se hallaban unidos á la corona de España, trató de poner á cubierto de las incursiones de las errantes tribus chichimecas, á los pueblos amigos, así como á las poblaciones españolas fundadas en el interior. Para poner fin á las depredaciones que cometian, asaltando las haciendas y acometiendo á los caminantes que iban á Zacatecas, estableció en el camino, á distancias conve-

nientes, varias guarniciones, llamadas presidios, siendo las principales los puestos militares de Ojuelos y Portezuelos.

No bien habia puesto el remedio por aquel rumbo, cuando tuvo noticia de que los mismos chichimecas, cambiando el sitio de sus operaciones piráticas, hacian sus excursiones por Guanajuato, robando los pueblos de indigenas pacíficos y asesinando á cuantos encontraban. El activo gobernante, para poner á raya la osadía de los chichimecas y asegurar la tranquilidad de la amagada provincia, mandó á Juan Torres de Lagunas, alcalde mayor de aquel partido, que saliese en persecucion de los enemigos con la gente que pudiera reunir. Queriendo el virey contribuir personalmente al buen éxito de la campaña, juntó á la vez un número regular de soldados, y marchó á reunirse con el mencionado alcalde mayor. El resultado correspondió á los esfuerzos del gobernante. Los chichimecas, así como otras naciones vecinas que se habian aliado á ellos, fueron desalojados, con gran mortandad, de los fuertes puntos en que se habian encastillado, y se retiraron á los anchos desiertos del interior. Muchas niñas y niños que los vencidos no pudieron llevar en su fuga, cayeron en poder de los españoles. D. Martin Enriquez, llevado de sus nobles sentimientos, hizo que los llevasen á Méjico, tratándoles como á tiernos hijos, y los distribuyó entre familias acomodadas y virtuosas para que los educasen cristianamente. La mayor parte pertenecian á la nacion de los huachichiles; y para quitar á sus padres la esperanza de recobrar sus antiguas rancherías, situadas en despoblado, fundó la villa y presidio de

San Felipe. Con estas acertadas disposiciones los caminos quedaron seguros, tranquilos los pueblos de indígenas amigos, y todas aquellas fértiles provincias se vieron bien pronto cultivadas por una poblacion activa y laboriosa.

En los mismos instantes en que el virey D. Martin Enriquez de Almansa dejaba asegurada la tranquilidad de las ricas provincias del interior, Bernal Diaz del Castillo, el soldado que habia acompañado á Hernan Cortés en todas sus campañas en la Nueva España y dejó consignados en sus sencillos escritos los hechos mas notables de la conquista; el franco y bravo soldado que se halló, como él refiere y marca, «en ciento diez y nueve batallas y reencuentros de guerra», dejó de existir en la ciudad de Guatemala, donde se habia establecido, y en que habia sido nombrado regidor. Dos años antes, en 1568, habia sacado en limpio su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, no viviendo en ese tiempo mas que cinco de los primeros conquistadores. «Ahora somos vivos de los de Cortés», decia, «cinco, y estamos muy viejos y dolientes de enfermedades y muy pobres» (1). La sinceridad con que escribió los acontecimientos verificados

(1) El *Diccionario Enciclopédico de la lengua española*, impreso en Madrid en 1875, en la casa de Gaspar, dice que Bernal Diaz murió en 1560. Pero en esto ha sufrido un error el autor de su biografía. Las siguientes palabras escritas por el soldado cronista, manifiestan que vivió varios años despues. «Hágoos saber, dice, que de quinientos cincuenta soldados que pasamos con Cortés desde la isla de Cuba, no somos vivos en toda la Nueva España de todos ellos, hasta este año de 1568 que estoy trasladando esta relacion, sino cinco.»



DON BERNAL DIAZ DEL CASTILLO

SOLDADO Y HISTORIADOR DE LA CONQUISTA DE MÉJICO

San Felipe. Con estas acertadas disposiciones los caminos quedaron seguros, tranquilos los pueblos de indígenas amigos, y todas aquellas fértiles provincias se vieron bien pronto cultivadas por una población activa y laboriosa.

En los mismos instantes en que el virey D. Martín Enriquez de Almansa dejaba asegurada la tranquilidad de las ricas provincias del interior, Bernal Díaz del Castillo, el soldado que había acompañado a Hernán Cortés en todas sus campañas en la Nueva España y dejó consignados en sus sencillos escritos los hechos más notables de la conquista; el franco y bravo soldado que se halló, como el refrero y marca, «en ciento diez y nueve batallas y reencuentros de guerra», dejó de existir en la ciudad de Guatemala, donde se había establecido, y en que había sido nombrado regidor. Dos años antes, en 1568, había sacado en limpio su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, no viviendo en ese tiempo más que cinco de los primeros conquistadores. «Ahora somos vivos de los de Cortés», decía, «cinco, y estamos muy viejos y dolientes de enfermedades y muy pobres» (1). La sinceridad con que escribió los acontecimientos verificados

(1) El *Diccionario de la lengua española*, impreso en Madrid en 1875, en la casa de imprenta que Bernal Díaz murió en 1560. Pero en esto ha sufrido un error. Los hechos de la conquista. Las siguientes palabras escritas por el soldado español, más tarde que vivió varios años después. «Hágame saber, dice, que de quinientos soldados que pasamos con Cortés desde la isla de Cuba, no quedamos en toda la Nueva España de todos ellos, hasta este año de 1568 que ahora he sacado esta relación, sino cinco.»



J. F. Pares - Editor

DON BERNAL DIAZ DEL CASTILLO

Lic. M. Puigadas - Barcelona.

SOLDADO É HISTORIADOR DE LA CONQUISTA DE MÉXICO